



AGOSTO

16

1964



Publicación bimestral

Año II Nº 16

Montevideo

Agosto 1964

Director:

RUBEN YACOVSKI

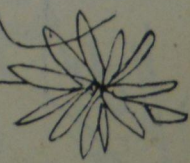
Sumario

- 3 — **Pablo Neruda**
Arte magnética
El padre
La mamadre
Me siento triste
- 9 — **Ana Victoria Mondada**
Testimonios
- 12 — **Mercedes Rein**
En el café se encuentran
No lo niego, señores
Tengo una esfera
- 17 — **Selva Casal**
Poema
VII
- 19 — **Leonardo Milla**
3 poemas
- 21 — **Alberto Mediza**
Sin voz
- 22 — **Marta Lynch**
En pos
- 25 — **Luisa Pasamanik**
Canto X
Poema 1
- 28 — **Ernesto Cardenal**
Oración por Marilyn
Monroe
- POETAS BULGAROS:**
- 31 — **Jristo Botev**
- 35 — **Jristo Smirnenski**
- 39 — **Nicolas Vaptsarov**
- 43 — **Stanka Pencheva**
- 46 — **Blaga Dimitrova**
- 47 — **Los Autores**

~~una y~~

" ala Persta
Agosto
" POESIA "

un saludo fra
terna
y una →



Pablo
Neruda
12 Julio 1960

pablo neruda

arte magnética

De tanto amar y andar salen los libros.
Y si no tienen besos o regiones
y si no tienen hombre a manos llenas,
si no tienen mujer en cada gota,
hambre, deseo, cólera, caminos,
no sirven para escudo ni campana:
están sin ojos y no podrán abrirlos,
tendrán la boca muerta del precepto.

Amé las genitales enramadas
y entre sangre y amor cavé mis versos,
en tierra dura establecí una rosa
disputada entre el fuego y el rocío.
Por eso pude caminar cantando.

Barbara J. Sales
1966
~~Barbara J. Sales~~
1966

el padre

El padre brusco vuelve
de sus trenes:
reconocimos
en la noche
el pito
de la locomotora
perforando la lluvia
con un aullido errante,
un lamento nocturno,
y luego
la puerta que temblaba;
el viento en una ráfaga
entraba con mi padre
y entre las dos pisadas y presiones
la casa
se sacudía,
las puertas asustadas
se golpeaban con seco
disparo de pistolas,
las escalas gemían
y una alta voz
recriminaba, hostil,
mientras la tempestuosa
sombra, la lluvia como catarata
despeñada en los techos
ahogaba poco a poco
el mundo

y no se oía nada más que el viento
peleando con la lluvia.

Sin embargo, era diurno,
Capitan de su tren, del alba fría,
y apenas despuntaba
el vago sol, allí estaba su barba,
sus banderas
verdes y rojas, listos los faroles,
el carbón de la máquina en su infierno,
la Estación con los trenes en la bruma
y su deber hacia la geografía.

El ferroviario es marinero en tierra
y en los pequeños puertos sin marina
— pueblos del bosque — el tren corre que
corre
desenfrenando la naturaleza,
cumpliendo su navegación terrestre.
Cuando descansa el largo tren
se juntan los amigos,
entran, se abren las puertas de mi infancia,
la mesa se sacude,
al golpe de una mano ferroviaria
chocan los gruesos vasos del hermano
y destella
el fulgor
de los ojos del vino.
Mi pobre padre duro
allí estaba, en el eje de la vida,
la viril amistad, la copa llena.

Su vida fue una rápida milicia
y entre su madrugar y sus caminos,
entre llegar para salir corriendo,
un día con más lluvia que otros días
el conductor José del Carmen Reyes
subió al tren de la muerte y hasta ahora no
ha vuelto.

la mamadre

La mamadre viene por ahí,
con zuecos de madera. Anoche
sopló el viento del Polo, se rompieron
los tejados, se cayeron
los muros y los puentes,
aulló la noche entera con sus pumas,
y ahora, en la mañana
del sol helado, llega
mi mamadre doña
Trinidad Marverde,
dulce como la tímida frescura
del sol en las regiones tempestuosas,
lamparita
menuda y apagándose,
enciendiéndose
para que todos vean el camino.

Oh dulce mamadre
— nunca pude
decir madrastra —

ahora
mi boca tiembla para definirte,
porque apenas
abrí el entendimiento
vi la bondad vestida de pobre trapo oscuro,
la santidad más útil:
la del agua y la harina,
y eso fuiste: la vida te hizo pan
y allí te consumimos,
invierno largo a invierno desolado
con las goteras dentro
de la casa
y tu humildad ubicua
desgranando
el áspero
cereal de la pobreza
como si hubieras ido
repartiendo
un río de diamantes.

Ay mamá cómo pude
vivir sin recordarte
cada minuto mío?
No es posible. Yo llevo
tu Marverde en mi sangre,
el apellido
del pan que se reparte,
de aquellas
dulces manos
que cortaron del saco de la harina
los calzoncillos de mi infancia,
de la que cocinó, planchó, lavó,
sembró, calmó la fiebre,

y cuando todo estuvo hecho,
y ya podía
yo sostenerme con los pies seguros,
se fue, cumplida, oscura,
al pequeño ataúd
donde por vez primera estuvo ociosa
bajo la dura lluvia de Temuco.

me siento triste

Tal vez yo protesté, yo protestaron,
dije, tal vez, dijeron: tengo miedo,
me voy, nos vamos, yo no soy de aquí,
no nací condenado al ostracismo,
pido disculpas a la concurrencia,
vuelvo a buscar las plumas de mi traje,
déjenme regresar a mi alegría,
a la salvaje sombra, a los caballos,
al negro olor de invierno de los bosques,
grité, gritamos, y a pesar de todo
no se abrieron las puertas
y me quedé, quedamos
indecisos,
sin vivir ni morir aniquilados
por la perversidad y el poderío,
indignos ya, expulsados
de la pureza y de la agricultura.

**ana victoria
mondada**

testimonios

les han robado ya

Les han robado ya
el color del día,
el color del fruto
y del cielo que les toca.
Pudo ser que en una luz
lejana, se estremecieran sus manos
de tibieza, pero hasta el aire,
tan blando a veces, tan callado,
hay días que los llama con delirio.
Les han quitado
hasta el ansia en que se abría
su voz primera, y el naciente
cerco de ternura.
Palmo a palmo se deslucen
como piedra falsa,
como falsa carne florecida.
Y una mano oscura que se llega
a saludarlos, silenciosa,
como quien viene al encuentro
de un viejo conocido.

son las horas lentas

Son las horas lentas
en que un solo pájaro revive, contra el cielo,
la quieta ausencia de la tarde.
E ingenuamente preguntan por sus frutos,
por las hojas pintadas como abrigo
en el vasto paisaje de los hombres.
La alegría se escapa entonces, delgada,
por entre el filo de las sombras.
Fatigados del silencio de las horas,
quisieran poder dormir el sueño profundo
y confiado de los niños.
Pero imposible olvidar el sabor fijo
que los ata en plena espera;
imposible olvidar la duda a veces
—o a veces la certeza—
del simple destino de la voz, de la sonrisa,
cuando la noche les caiga
en pleno pecho.

**nadie puede decir
que no**

Nadie puede decir que no
que no y mentir
decir que no los vi temblar
que no era tibia su carne
que no y mentir
su amor
decir que no se abrió su amor
como una herida entre mis manos
nadie puede decir
decirme que no eran ellos
su corazón golpeando confiado
pequeño
sobre el pecho mío
apretado entre su aliento y mis brazos
nadie
nadie puede saber
que yo los vi llorar
que yo los vi partir
dejándolos
queriéndolos
diciéndoles que no
y mentir.

mercedes rein

en el café se
encuentran

En el café se encuentran
después de medianoche
tres o cuatro sonámbulos.
Revuelven sus pocillos en silencio,
fumando sin mirarse,
noche - abajo.
No se ponen los lentes.
No suelen leer los diarios.
Están lejos de todo
cada cual con su angustia
y su ironía,
sus solapas gastadas
— los pobres — ya ni hablan
de Sartre y el vacío,
la dodecafonía
no llega a conmoverlos
como antes. Sólo tienen
un expediente en trámite en la Caja.
Como usted y como yo
esperan jubilarse
con un poco de suerte
el mejor día
y encontrarse — con qué?

Con el humo de un viejo cigarrillo
aquí en este café
donde estamos tan solos
— dan ganas de reírse —
solos frente a un vaso de agua turbia
y un pocillo vacío,
deseando que se acabe otra semana
para empezar de nuevo:
lunes, martes y miércoles,
la vieja calesita
cada vez más despacio
y el eco de una insomne tarantela
cada vez más distante,
jueves, viernes y sábado,
la musiquita ronca
del domingo con bombos y platillos
y globos y tranvías amarillos,
el nudo de una pena infantil
que ya no vuelve.

(Ya no se sueña con la vieja calesita
de banderines rojos,
caballos y jirafas.)

Cada vez más distante
y próxima, la tonta cantilena
que gira en el vacío de sus cráneos
y por eso se callan
los viejos parroquianos
que se encuentran a veces después de
medianoche
y fuman en silencio sin mirarse.

no lo niego, señores

No lo niego, señores,
me gusta esta alimaña
que me roe el cerebro. Las palabras,
después de un largo y duro adiestramiento,
son capaces
de ponerse a bailar sobre la punta
de un alfiler o tejer en el aire
un dibujo más fino que la sombra
de una telaraña. Son capaces
de inventarme la luz a medianoche
y clavarme su acero en la garganta.
Y por eso un día de éstos
voy a ver si las llevo conmigo a la feria
y allí entre mil pregones
y frutas y verduras
y flores y gallinas desplumadas,
pisoteando jazmines
y cáscaras, papeles, vidrios rotos,
ofreceré mi pobre mercancía,
sacaré mis palabras amaestradas,
para bailar en medio de la plaza
y tramar una farsa,
un guiñol,
una agonía,
inventar diez cabriolas,
un alma desangrada y pordiosera,
una sombra secuaz, volatinera.

Con estos y otros tantos artilugios
de antigua magia y nueva juglaría,
me basta con juntar unas monedas
e ir jugando al azar
mi esperanza. Por esas calles de Dios,
sin mirar donde caen, ir perdiendo al pasar
mis palabras. En el rocío de las madrugadas,
impregnando la tinta de los diarios
rodarán por alguna alcantarilla —

y eso es todo.

Señores, en el fondo
— y no me entiendan mal —
la poesía
es cosa tan sencilla y cotidiana
como el pan y la sal.
Y tan sagrada.

tengo una esfera

Tengo una esfera
con doce cifras.
Un vacío en el centro
y una aguja que gira.
Ay pena —
esta aguja que gira.

Y la aguja se mueve
de las dos a la una,
de las diez a las nueve.
No se detiene.
Ay pena
no se detiene.

Como gira la aguja
la vida rueda.
Van pasando las horas
y la hora no llega.
Ay pena —
y la hora no llega.

Como pasa la vida
la aguja gira.
Cuando llegue la hora
¿quién me despierta?
Ay pena —
¿quién me despierta?

selva casual

poema

A cada paso yo tengo que golpear el mundo
recuperar algo.
Todas las noches llega un grito.
Por más que busquen en mis papeles. Nada.
AZA 10062. Y esto es todo.
Me detengo, escucho
recuerdo las secretarías
las elecciones al mediodía
la forma de las islas.
Sin despertar pienso, virosis
siento, latifundio.
Acaso esto me salva de morir.
No sé, como si toda la gente viniera a mi casa
y yo supiera lo que dicen
y yo viviera lo que viven.

VII

No tendré tiempo.
Me medirán con aguas
exigirán respuestas.
Lo que nadie sospecha
es que hace siglos urjo porque vuelva
es decir
asegure mi antiguo nacimiento
me certifique el alma
haya un lugar
un sin lugar
un tiempo
y sobre un mismo monte
todos los ojos de la vida se encuentren
todos los hombres
porque no los llore lo suficiente
no los amé bastante.

leonardo milla

3 poemas

compañero
entre tú
y yo
este río hecho pedazos
esta bestia imposible de matar
millones de gritos carbonizados
el tuyo y el mío

entre tú
y yo
una luz tremenda
la carne desesperada
una ciudad y un sabio
un tonto y una espiga

entre tú
y yo
compañero
un poco de muerte
y otro poco de viento

hoy
me maravillé
viendo
un dios
envejecido
y cansado
pasear
su sexo
de piedra
entre los hombres

•

mis manos
rebotan
entre los edificios
buscando
la huída de una estrella

Paso a paso... día tras día
nos van golpeando nos van golpeando
con la mentira con el descaró.
Con la miseria con el atraso
y este silencio que es un gran monstruo
que no se rompe que no se gasta
que no se cansa.

Paso a paso... día tras día
nos van sangrando nos van sangrando
a indiferencia y a los hachazos
y hoy nos robaron la luz y el aire
y nos ataron fuerte los brazos.

Y esta mentira que se levanta
que es una diosa que es una rata
que no se muere que no se gasta.

Paso a paso... día tras día
nos van matando nos van cerrando
todos los sueños todos los pasos
todo camino toda la vida
hasta dejarnos hambre y fracaso.

Sin esperanza... sin importancia.

Hasta que un día este silencio
tanta mentira y tanto fracaso
que son los monstruos que son las ratas
que no se mueren que no se gastan
tendrán lo suyo saltarán en pedazos
para dar testimonio de que todo termina
de que la noche pasa.

marta lynch

en pos

(a A.F.)

Valerosamente
viajo con mi muerto a cuestras.
Ruedo las calles de Roma
—ocre, amarilla, roja,
empecinada terracota,
madre Roma—
ruedo la fuente de Perugia
—la sola fuente seca y desgastada,
la hirviente, hiriente piedra
con rostros históricos,
sufridos y vacíos ojos.
Ruedo la verde
—colina, ciprés, vides encrespadas—
Florenxia amiga nunca extraña;
ruedo una Nápoles que no quiere
que se hurta a la canzonetta,
pero la ruedo igual
entre la mugre riente,
los bancos de coral
y una isla que se ha vuelto loca
—como yo—
un zafiro que revienta bajo el sol,
acantilados que me dejan sin aliento
al empujar puertas de hierro,

aldabones y postigos, calles de cal,
grises piedras a horcajadas de Tiberio
también, un loco
—como yo—
que ruedo inútilmente también en Nápoles
apestada de belleza,
con Roma y con Florencia
con unos labios secos en Perugia
beso una cara amarga
como mis lágrimas;
beso una boca sin olvidar y las manos,
que le temblaban siempre
y beso, beso, beso
un rostro de ceniza
—blanco, ceniza, obscuro, pálido—
de hirsuta tez
y hablo con quien tiene una voz sola
—que sólo es mía—
sonido de voz espacial
y cavernosa —gruta azulada de su voz—
profunda —mi voz sin eco, el eco es mío—
única voz
que me envuelve de los pies a la cabeza
como las vendas para un triste muerto antiguo
que se niega a envejecer.
Ruedo, sin remedio, implacablemente
o como quien lo dice
im-pla-ca-ble-men-te
sometida al amor
de una voz en la que creo
y en el domingo hostil en que voy imaginando
el desenlace útil que todos esperaban.
Ando sin encontrar ninguna otra cosa

o mejor, hallando el final de cada cosa
más que en Roma en Florencia
en Perugia y después también aún
en Nápoles,
una voz sangrienta, mía
y beso, beso, beso
aquella cara eterna rodando con mi muerto
como una Juana Loca Más
inexorablemente
por una Castilla riente de Italia
en vez de páramos
—luz, sol, olivo, fuente, parra, cisterna—
pero de todos modos páramo extendido
para que mi muerto y yo
andemos de la mano.

Porque yo no puedo,
no, yo no puedo
sentarme a la mesa y decir: yo como,
mientras otros, yo no sé sus nombres. no los
 conozco a todos, pero sé que están, no sé donde
pero están
ahora
en algún sitio
y tienen hambre.

Porque yo no puedo,
no, yo no puedo,
tomar de esa misma mesa un vaso y decir: yo bebo,
mientras otros, yo no sé sus nombres, no los
 conozco a todos, ya lo dije,
están ahora, no sé, no sé dónde,
están en algún sitio
y tienen sed.

Porque yo no puedo,
no, yo no puedo,
respirar, andar, moverme, decir: yo vivo,
mientras otros, yo no sé sus nombres, tampoco los
 conozco a todos porque son muchos,
son enviados ahora hacia la muerte.

No, yo no puedo.
Mejor dicho, nadie puede, nadie debe.
Está prohibido.

(Del libro inédito: **Cantos de blasfemia**)

poema 1

**Se lo llevaron
se lo llevaron**

en un coche lleno de flores flores flores

**nunca más las palomas el cielo
se lo llevaron**

**nunca más el color de la hierba las lilas
se lo llevaron
se lo llevaron**

en un coche lleno de flores flores flores

**se lo llevaron pálido
bajo el sol de noviembre**

**se lo llevaron tieso
en una caja de madera bien clavada**

**se lo llevaron
se lo llevaron**

**se lo llevaron
entre ruidos de bocinas urgentes**

**se lo llevaron
en una tarde llena de pájaros y niños que jugaban**

pasó una vieja (se santiguó dos veces)
pasó una pareja de adolescentes (se besaban con
fuerza apretándose las bocas)
pasó un perro (trotaba alegre junto a una chiqui-
lla vestida de celeste)
pasó un colectivo pintado de gris y amarillo
pasó una mujer flaca contoneándose (tenía los
párpados tiznados de violeta)
pasó un camión cargado de frutas y verduras
pasó un obrero encorvado bajo el peso de una viga
pasó una pandilla de colegiales persiguiéndose con
sus gritos
pasó un vagabundo de barba enmarañada
pasó un peugeot lleno de risas y humo de cigarrillos
pasó un chico voceando: ¡diarios! ¡diarios!
pasó y pasó mucha gente esa tarde

pero nadie preguntó
nadie supo
a nadie le importaba
si era una mujer si era un hombre si era un viejo
si era un joven
el que llevaban.

Y aunque quizás nunca lo pidió
aunque tal vez le daba lo mismo
lo pasearon esa tarde por la ciudad
en un coche lleno de flores flores flores.

(Del libro inédito: **Poemas de Papier Mâché**)

ernesto cardenal

oración por
marilyn monroe

Señor

recibe a esta muchacha conocida en toda la tierra
con el nombre de Marilyn Monroe
aunque ese no era su verdadero nombre
(pero Tú conoces su verdadero nombre, el de la
huerfanita violada a los 9 años
y la empleadita de tienda que a los 16 se había
querido matar)
y que ahora se presenta ante Ti sin ningún
maquillaje

sin su Agente de Prensa
sin fotografías y sin firmar autógrafos
sola como un astronauta frente a la noche espacial.

Ella soñó cuando niña que estaba desnuda en una
iglesia

(según cuenta el *Time*)
ante una multitud postrada, con las cabezas en el
suelo
y tenía que caminar en puntillas para no pisar las
cabezas.

Tú conoces nuestros sueños mejor que los
psiquiatras.
Iglesia, casa, cueva, son la seguridad del seno
materno

pero también algo más que eso .
Las cabezas son los admiradores, es claro
(la masa de cabezas en la oscuridad bajo el chorro
de luz).

Pero el templo no son los estudios de la 20th
Century-Fox
El templo —de mármol y oro— es templo de
su cuerpo
en el que está el Hijo del Hombre con un látigo
en la mano
expulsando a los mercaderes de la 20th Century-
Fox
que hicieron de Tu casa de oración una cueva de
ladrones:

Señor
en este mundo contaminado de pecados y
radioactividad
Tú no culparás tan sólo a una empleadita de tienda.
Que como toda empleadita de tienda soñó ser
estrella de cine.
Y su sueño fue realidad (pero como la realidad del
tecnicolor).
Ella no hizo sino actuar según el script que le
dimos
—El de nuestras propias vidas— Y era un script
absurdo.
Perdónala señor y perdónanos a nosotros
por nuestra 20th Century
por esta Colosal Super-Producción en la que todos
hemos trabajado.

Ella tenía hambre de amor y le ofrecimos
tranquilizantes.
para la tristeza de no ser santos
se le recomendó el Psicoanálisis.
Recuerda Señor su creciente pavor a la cámara
y el odio al maquillaje —insistiendo en
maquillarse en cada escena—
y cómo se fue haciendo mayor el horror
y mayor la impuntualidad a los estudios.

¡risto botev

¡adyi dimitar

¡Vive, está vivo! Allí en el Balcán,
hundido en la sangre, yace y gime,
el héroe con profunda herida en el pecho,
el héroe en plena juventud y esplendor varonil.

A un lado arrojó su fusil,
al otro su sable en dos partido;
se oscurecen sus ojos, la cabeza inclina,
su boca maldice al universo entero.

Yace el héroe, y desde el cielo
el sol inmóvil, iracundo abrasa;
una segadora canta en la llanura
y la sangre no cesa de correr.

Es tiempo de siega... Cantad, esclavas,
estas tristes canciones! Brilla tú, sol,
sobre la tierra esclavizada! Ha de morir
un héroe... ¡Pero calla, corazón!

El que cae por la libertad
no muere: le lloran
tierra y cielo, bestias y flores,
se elevan cantares que él inspira.

De día las águilas le cubren con su sombra
y el lobo sus heridas lame suavemente;
también el halcón, ave valerosa,
ampara a su hermano, en vuelo inquieto.

Cae la noche, sale la luna,
cubren estrellas el firmamento;
ruge el bosque, sopla el viento,
alza la montaña su canción rebelde.

Las ninfas vestidas de blanco
entonan sus bellas canciones,
graciosamente cruzan la verde pradera
y junto al héroe se inclinan.

Una con hierbas cubre su herida,
otra le desliza agua fresca en la frente,
la tercera con levedad en la boca le besa
cariñosa, y él la mira, ya sonriendo.

“¡Dime hermana! ¿Dónde está Karadscha?
¿Dónde mi fiel compañía?
Dime y arráncame el alma —
yo quiero, hermana, morir aquí mismo!”

Baten palmas, se abrazan
y cantando elevan su vuelo,
vuelan, cantan hasta el alba,
buscan el alma de Karadscha...

¡Amaneció ya! Allí en el Balcán
yace el héroe, corre su sangre,
el lobo lame su cruel herida,
y abrasa el sol sin piedad!

a mi primer amor

Deja esa canción de amor,
no llenes mi corazón de veneno;
soy joven, pero la juventud no recuerdo,
y aunque así fuera, no tornarí
a lo que ya odio.

Olvida aquel tiempo, cuando lloraba
por una mirada, por un suspiro;
un esclavo era — arrastraba cadenas
y, por una sonrisa tuya,
irrazonable, odiaba al mundo
y mis sentimientos se cubrían de lodo.

Olvida aquellas locuras,
en este pecho ya no arde el amor
y tú no lo puedes despertar
allí donde un ánimo profundo domina,
cubierto de heridas
y el corazón en maldad envuelto!

Tú tienes una bella voz, eres joven,
pero, ¿oyes cómo canta el bosque?
¿Oyes cómo lloran los pobres?
Por esa voz anhela mi alma
y hacia allá me lleva el corazón atormentado,
allá, donde todo se anega en sangre.

¡Oh, deja esas palabras!
Oye cómo gime el bosque y la hojarasca
oye cómo resuenan tormentas seculares,
cómo ponen palabra tras palabra:
leyendas de viejos tiempos
y canciones de nuevos sufrimientos.

Entona tú también una canción así,
cántame, muchacha, con sentimiento
cómo el hermano a su hermano vende,
cómo perecen fuerzas y juventud,
cómo gime la pobre viuda
y sufren sus niños!

Canta o calla, vete.
Mi corazón ya vibra, volará.
volará, amor, despierto,
donde la tierra resuena
de gritos terribles
y de canciones (de antes y después de la muerte.)

Allá... allá la tempestad derriba los árboles
y el sable hace coronas de ellas
donde valles terribles se abren
y silba el grano de plomo
y la muerte e: una tierna sonrisa
y la tumba bello descanso.

Ah, esa canción y esa sonrisa!
¿Qué voz me cantará?
Que levante la sangrienta cubierta
de la que hasta el amor calla
y entonces yo mismo cantaré
y diré lo que amo y lo que anhelo...!

JRISTO BOTEV nació en 1848: es considerado el poeta nacional de Bulgaria; pereció en combate contra la dominación otomana en 1876, a los 28 años de edad. El crítico Mladen Isaev le llama el José Martí búlgaro. Dejó solamente 20 poemas, inspirados en la lucha de su pueblo, en las mejores tradiciones revolucionarias. Fue influido por las enseñanzas de Belinski y Chernishevski, destacados intelectuales rusos de la época. Botev lleva a etapas superiores los antecedentes milenarios de la canción de su pueblo y une a su verbo artístico el mensaje ideológico del combatiente por la libertad de su tierra, así como la organización de las fuerzas patrióticas.

iristo smirnenski

gladiador

Gallardo se plantó en el centro de la pista,
serenamente la cabeza irguió;
allí la muchedumbre, en gritería incesante,
soltaba frases incomprensibles.
Junto a la entrada, vistiendo túnica de plata,
una joven esclava observa:
las antorchas oscilan
entre el oro que fluye de su pelo.

Tres veces la espada del gladiador cayó sobre el
escudo:
se oyó un súbito eco resonar muy lejos.
Y otra vez desde los cuatro costados
la multitud haita, estalló en grito unánime.

Sin embargo, extrañamente poseídos de audacia
increíble,
le rodearon los esclavos.
Y él arrojó su escudo, y cruzó los brazos
sobre el desnudo pecho de bronce.

“Oh, corrompidos, embriagados patricios,
¿nuevamente ansiáis sangre y muerte?
¿también esta noche arderán las antorchas,
señalando vuestro brutal deleite?”

**“¡Bárbaros! De hierro son mis músculos
y mi hoja fue forjada en sangre;
jamás abandoné esta arena
por ser en el combate derrotado.”**

**“A mis hermanos he asesinado; y siempre más y
más.”**

**Oh, víctimas anónimas, innumerables!
Pero hoy, vosotros debéis estar en guardia,
pues yo os llamo a luchar...”**

**El horror y el pánico se desatan;
huyen los patricios atropelladamente.
Y él levanta su espada y como un huracán
acomete en contienda feroz.**

**La guardia se debatía ensordecida
ante la exaltada, pujante ola;
de inmediato se grabaron en la arena
manchas oscurísimas de sangre.**

**Y quien primero luchó, cayó el primero,
surcado el pecho por heridas infinitas:
aplastando su cadáver, el tropel humano
continuó la lucha sin verlo.**

**Solamente la esclava, pálida, se detuvo
en su sangre humedeció apenas
el borde de su túnica plateada,
y siguió después su rumbo, cabizbaja.**

minero

Abajo, abajo, abajo!
A los fríos abismos descende,
donde torsos semidesnudos
se agitan convulsos junto a negras paredes;
donde los músculos de hierro
y su golpe resuenan
en las tinieblas de las terribles almas
como una protesta por los días de sol,
como un reclamo de paz, de voluntad,
de aire, de espacio, de horizonte...
Abajo, abajo, abajo,

ve.

Ve a esas entrañas siniestras
de la madre tierra hambrienta,
baja entre los hermanos esclavos
al mar eternamente tenebroso,
y tu pálida claridad
será estrella radiante;
allí un rayo de luz alumbrará
el duro templo del trabajo
y los funestos ídolos,
donde no hay noches ni días.
Abajo, abajo, abajo,

ve.

Allí los siglos lejanos
han acumulado capa tras capa,
capas oscuras
extendidas por doquier,
que la vida tejó.

Mi negro tapiz de piedras,
frío como la angustia,
oculta fuego y humo.
Baja allí. y con golpes firmes
rompe, estrella, destruye,
arranca esas negras capas!

JRISTO SMIRNENSKI nació el 17 de noviembre de 1898 y murió de tuberculosis el 19 de junio de 1923. De origen obrero, fue vendedor de periódicos en su infancia. La revolución socialista, las épocas y héroes revolucionarios, señalan la impronta de su obra. Su poesía luce un vigor artístico excepcional, de profunda inspiración en los innumerables ejemplos que la vida ofrece, tanto entre los combatientes conocidos como en los anónimos y humildes luchadores de las filas del pueblo.

nicolás vapsarov

la lucha es cruel

La lucha es cruel, es despiadada,
la lucha es épica, se dice.
Yo he caído. Otro ocupará mi lugar,
¿por qué elegir sólo mi nombre?

Tras el piquete los gusanos vienen:
así es de sencilla la lógica en la vida.
Pero en medio del fragor de la tormenta,
y porque tanto te quise, pueblo mio,
¡volveré a estar contigo, entre tus gentes!

primavera

Primavera, mi blanca primavera,
aún no vivida, aún no celebrada!
Aún sólo un sueño
que pasa rozando los álamos.
Sin quedarse.

Primavera, mi blanca primavera.
Sé que llegarás tempestuosa
con una escoba, llameante,
Y traerás lluvias,
y truenos y huracanes
para restaurar las ilusiones
y lavar nuestras heridas.

Cómo van a arrullarnos las calandrias
cuando vuelen sobre los trigales.
El trabajo nos hará felices
y seremos hermanos de los hombres.

Primavera, mi blanca primavera!
Quiero ver tu primer vuelo
dando vida a las muertas plazas de mi tierra!

Sólo quiero ver tu sol
asomarse y después
en tus barricadas morir!

nosotros construiremos

Construiremos una fábrica, una fábrica enorme,
con paredes de acero y de concreto.
Hombres y mujeres,
nosotros, el pueblo,
construiremos
una fábrica de vida.

Nuestros hijos mueren
en el fétido ámbito
de sombríos,
asfixiantes conventillos.
El mundo es una cárcel.
Hombres y mujeres,
pueblo:
¡ni un solo paso atrás!
Construiremos
una fábrica de vida.

Nuestros hijos mueren
en el fétido ámbito,
con pupilas que desean el sol.
Pero nosotros, cobardemente,
bajamos la cabeza y callamos.
Guardamos silencio; un infame silencio.

Nosotros tendimos los cables
por los que la sangre fluye hoy, sumisamente.
Sí, nuestra propia sangre fluye por los cables,
dando vida.

Pero la vida nos barre y nos arrastra.
mientras nosotros, estúpidamente, la
contemplamos.

Nosotros, que perforamos rocas con las uñas,
que abrimos túneles en el durísimo granito,
que ceñimos con rieles de acero a la tierra toda
en sus entrañas.

Para nosotros, ya nada queda oculto.
Hay antenas que rozan el cielo
y en lo alto
las cimas de los edificios
se pierden en la bruma.
Y en el espacio, más alto todavía,
braman los cuervos de acero.

¡Camaradas, hablemos claramente!
Yo no estoy acusando al progreso.
Me doy perfecta cuenta
de que no es el progreso el enemigo.
Y que nosotros no lo destruiremos.

Construiremos una fábrica,
una fábrica enorme
con paredes de acero y de concreto.
¡Hombres y mujeres,
Nosotros, el Pueblo, construiremos
una fábrica de vida!

NICOLAS VAPTSAROV señala con los anteriores un tríptico de poesía social plena de talento y sensibilidad. Se destacó por su fe en la capacidad del hombre para imponerse sobre infortunios e injusticias seculares. Su obra alienta una firme esperanza, dirigida hacia un futuro digno y dichoso para su pueblo. En 1942 fue apresado por la policía, juzgado por el Tribunal militar y condenado a muerte por los nazis. Fue fusilado por los ocupantes el 23 de julio de 1942, a los 33 años de edad.

stanka pencheva

inquietud

Mi niña
regresó de la escuela
conmovida, agitada:
“¡Hoy nos enseñaron el subterráneo!
¡Sólo que no es un simple subterráneo,
es un refugio antiaéreo!
Hacia allí huiremos, cuando...”

Cubrí con mi mano su boca.
No quiero oír estas palabras de tu boca.
Son gotas de rocío venenoso
sobre la flor pequeña de tus labios.
¡No quiero oír las de tu boca,
no quiero oír las!

...sobre las luces,
las luces doradas de las ventanas,
de los faroles de la calle,
de los almacenes,
sobre la luz colgamos paños oscuros
como párpados negros.
La ciudad cerró sus ojos.
¿Tal vez no había ciudad alguna,
allí en la oscuridad y en el frío?
—No habías nacido aún...

Tu padre esperaba en larguísimas colas
para comprar
—cual si fuese una joya—

los 300 gramos de un pan que era barro.
Tu madre
lloraba largamente, estremeciéndose;
hasta en su sueño oía
el silbido siniestro de las sirenas.
—No habías nacido aún...

Tu tío
—aquel hombre tan fuerte y alegre—
regresó de la guerra
tras un largo, largo viaje;
no abrió su ataúd de cinc,
no levantó su cabeza de cabello encrespado,
no movió sus párpados sombríos...
—¡Qué bien que no habías nacido!

Tu madre
y tu padre
se encontraron en medio de un otoño,
en una calle sin casas,
bajo un árbol quemado
sin ramas y sin hojas.

Cuando siguieron su camino
tomados de la mano,
para llegar más tarde a ti,
bajo sus pies crujían
vidrios rotos,
y el viento arrastraba nubes de ceniza.
Atravesaron la ciudad que la vida abandonara,
con sus manos unidas
para que nacieras tú,
en otros tiempos.

Si fuera necesario ,
desandaríamos de nuevo
con labios apretados
los mismos caminos,
para que tú no pasaras por ellos.

Que el cielo sea para ti
el cielo solamente,
donde vuelan los pájaros
y navegan blanquísimas nubes
y tiemblan pequeñas estrellas de oro;
que la noche sea para ti
la alegre fiesta de las luces,
el maravilloso bosque de los sueños,
el blando lecho del reposo.

Me interrogan,
preguntan
los ojos puros de la niña.
Tengo el deber de no mentir.
Pequeña, pequeña mía:
también mi corazón se alimenta de inquietud.
Pero mira, estoy aquí;
todos nosotros estamos aquí,
a tu lado.
Y esa cueva
es sólo una cueva polvorienta,
un subterráneo, nada más...

STANKA PENCHEVA nació en la ciudad de Sliven. Cursó estudios de literatura en la Universidad Estatal de Sofía. Ha publicado varios libros de poesía. Integra el Consejo Directivo de la Unión de Periodistas Búlgaros.

blaga dimitrova

sin amor

Sin amor he de vivir desde este día,
lejos del teléfono, de los anhelos
No sufriré, no habré de sucumbir,
mas soy viento amarrado, arroyo detenido.

No aclaré, pálida, en la enorme noche,
mas tampoco mi rostro se encenderá.
Ya no me hundiré, doliente, en la tierra,
ni al celeste mundo subiré jamás.

En mí no habrá crueldad, mas ya no volverán
aquellos gestos como horizontes sin fin.
De mí, huirán las sombras, y no habrán de posarse
suaves luces en mi alrededor.

Ya no aguardaré el crepúsculo, extenuada,
mas la aurora, ligera, no se levantará.
Nada, ni una voz logrará estremecerme,
ni el fuego en mí conseguirá arder.

Ya no lloraré sobre un hombre indiferente,
ni podré, cantando, reír.
No me abandonaré ante aquella mirada,
mas, en realidad, tampoco he de existir.

BLAGA DIMITROVA fue distinguida recientemente por la Unión de Escritores Búlgaros por su poema **Liliana** y su libro **Hasta mañana**, al que pertenece el poema que publicamos.

| los autores

Ana Victoria Mondada nació en la ciudad de Mercedes, Depto. de Colonia, Uruguay, en enero de 1935. Es profesora de Literatura. Escribe poesía, cuentos y comentarios literarios. Colabora en diarios y publicaciones culturales. Co-dirige, junto a **Washington Lockhart**, la revista literaria **Cuadernos de Mercedes**, de la que es fundadora.

Mercedes Rein nació en Montevideo. Ha publicado un estudio sobre **Ernst Cassirer**. Ejerce el profesorado. Colabora en la página teatral del Semanario **Marcha**. Ha realizado traducciones de teatro, en particular dentro de la **Institución Teatral El Galpón**, de la que forma parte.

Selva Casal es uruguaya. Ha publicado los siguientes títulos: **Arpa** (Premio Ministerio Instrucción Pública, 1956); **Días sobre la tierra**; **Poemas de las cuatro de la tarde** (Premio Concejo Departamental, 1962).

Leonardo Milla nació el 24 de abril de 1941 en Marsella, Francia. Ha publicado el volumen poético **Vivo entre nosotros**. Reside en Montevideo.

Alberto Mediza es uruguayo. Nació en Cardona, Dpto. de Soriano, el 22 de abril de 1942. Actualmente reside en Montevideo.

Marta Lynch es argentina, nacida en Buenos Aires en el mes de marzo de 1929. Su libro **La alfombra roja**, novela, fue dis-

tinguida con el Premio Fabril en 1962 y la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores en 1963. Fue "best-seller" durante el curso del año, siendo solicitado para su traducción al alemán y al portugués. Publicó numerosos cuentos, ha pronunciado conferencias y escrito artículos en revistas italianas y francesas. Viajó por Europa, América Latina y Estados Unidos. Su obra ha sido comentada en Brasil, Méjico, Chile, Colombia, Uruguay, etc. Integra una promoción de escritores que se inclina por la novela social. Su segundo título, **Después del verano**, aparecerá en estos días.

Luisa Pasamanik es argentina, nacida en Buenos Aires. Ha publicado los siguientes libros: **Poemas al hombre del mañana**. Edic. Botella al Mar, Buenos Aires, 1963; **Plegaria grave**. poesía, Edic. Alpe, Buenos Aires, 1958; **Vacío para cuerdas**. poesía, Edit. La Mandrágora, Buenos Aires, 1960, Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores; **El angel desterrado**. poesía, Edit. La Mandrágora, Buenos Aires, 1962; **Sinfonía de las esferas o Sinfonía celeste**, poesía, Edic. Lírca Hispana, Caracas, Venezuela, 1963. Colabora en distintas publicaciones de la Argentina y del exterior. Escribe también cuentos: dos de ellos han sido premiados y tiene inéditas dos obras de teatro. Entre su producción poética inédita figuran ocho libros.

Ernesto Cardenal nació en Granada, Nicaragua, en 1925. Estudia para sacerdote en el Convento de los Padres Benedictinos de Cuernavaca, en Méjico. Actualmente reside en el Seminario Cristo Sacerdote, en Antioquía, Colombia. En 1959 se publicaron dos libros suyos: **Hora 0** y **Gethsemaní, Ky**. Varios de sus libros permanecen inéditos.



Redactor Responsable: Ruben Yacovski. **Dirección:** Veracuerto 1870 ap. 6. Montevideo, Uruguay. **Valores:** a la misma dirección. Se solicita canje con publicaciones similares. Se imprime en los talleres gráficos de la Comunidad del Sur, con croquis tipográfico y carátula de Sarandy Cabrera.

1911
1912
1913
1914
1915
1916
1917
1918
1919
1920
1921
1922
1923
1924
1925
1926
1927
1928
1929
1930
1931
1932
1933
1934
1935
1936
1937
1938
1939
1940
1941
1942
1943
1944
1945
1946
1947
1948
1949
1950
1951
1952
1953
1954
1955
1956
1957
1958
1959
1960
1961
1962
1963
1964
1965
1966
1967
1968
1969
1970
1971
1972
1973
1974
1975
1976
1977
1978
1979
1980
1981
1982
1983
1984
1985
1986
1987
1988
1989
1990
1991
1992
1993
1994
1995
1996
1997
1998
1999
2000
2001
2002
2003
2004
2005
2006
2007
2008
2009
2010
2011
2012
2013
2014
2015
2016
2017
2018
2019
2020
2021
2022
2023
2024
2025